

José María de Andueza

LA SOMBRA DE LOS RENEGADOS

Aurea Editores

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© José María de Andueza  
© Aurea Editores, S. L.  
c/ Perú, 160 – 08020 Barcelona  
[www.aureaeditores.com](http://www.aureaeditores.com)  
Primera edición: abril de 2006

Edición y coordinación editorial: La Cifra  
Diseño de cubierta y fotomontaje: Enrique Iborra  
Ilustración de cubierta: Collage sobre un retrato de Felipe II pintado por Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado, Madrid  
Maquetación y diseño interior: La Cifra  
Impresión: Industria Gráfica Domingo, S. A.

ISBN: 84-934663-8-7  
Depósito legal: B-10.883-2006

Impreso en España – *Printed in Spain*

# ÍNDICE

CAPÍTULO I .....	9
CAPÍTULO II .....	19
CAPÍTULO III .....	30
CAPÍTULO IV .....	41
CAPÍTULO V .....	52
CAPÍTULO VI .....	61
CAPÍTULO VII .....	71
CAPÍTULO VIII .....	82
CAPÍTULO IX .....	94
CAPÍTULO X .....	102
CAPÍTULO XI .....	112
CAPÍTULO XII .....	119
CAPÍTULO XIII .....	130
CAPÍTULO XIV .....	141
CAPÍTULO XV .....	152
CAPÍTULO XVI .....	162
CAPÍTULO XVII .....	173
CAPÍTULO XVIII .....	182
CAPÍTULO XIX .....	193
CAPÍTULO XX .....	205
CAPÍTULO XXI .....	216
CAPÍTULO XXII .....	227
CAPÍTULO XXIII .....	238
CAPÍTULO XXIV .....	250
CAPÍTULO XXV .....	262

CAPÍTULO XXVI .....	273
CAPÍTULO XXVII .....	283
CAPÍTULO XXVIII .....	295
CAPÍTULO XXIX .....	307
CAPÍTULO XXX .....	319
CAPÍTULO XXXI .....	335
CAPÍTULO XXXII .....	349
CAPÍTULO XXXIII .....	361
CAPÍTULO XXXIV .....	373
CAPÍTULO XXXV .....	384
CAPÍTULO XXXVI .....	398
CAPÍTULO XXXVII .....	411
CAPÍTULO XXXVIII .....	422
CAPÍTULO XXXIX .....	432
CAPÍTULO XL .....	447
CAPÍTULO XLI .....	457
CAPÍTULO XLII .....	466
CAPÍTULO XLIII .....	476
EPÍLOGO .....	487

## CAPÍTULO I

Así tocaba a su término la primera mitad del siglo XVI, cuando Carlos I de España y V de Alemania, acosado sin tregua por la rivalidad de su esforzado competidor Francisco, emperador de los franceses, concibió el temerario proyecto de atacar a éste en el corazón de los mismos estados, cuya posesión contaba ya como segura. Con cinco ejércitos formidables había invadido la Francia los dominios del héroe de Túnez y los de su aliado el duque de Saboya; el tesoro de Castilla se hallaba exhausto y era necesaria una resolución magnánima para conjurar tan recia tempestad. El infatigable Carlos nunca vacilaba ante el peligro: reunió en Monzón las Cortes de Aragón y Cataluña, y éstas juraron al príncipe don Felipe, otorgando al mismo tiempo al emperador un subsidio de quinientos mil ducados. Las de Valencia imitaron tan patriótica conducta, poniendo a disposición del monarca un cuantioso donativo, y el rey de Portugal, cuya hija doña María acababa de casarse en Almería con don Felipe, por poderes, aprontó para la proyectada expedición otra crecida suma de dinero. Estos recursos y la alianza ofensiva y defensiva que formó Carlos con Enrique VIII de Inglaterra, lo animaron en su pensamiento de trasladarse a Alemania, con el objeto de abrir en persona aquella célebre campaña de diez años, la última de su gloriosa vida, coronada por brillantes triunfos y apenas oscurecida ligeramente por algunos reveses, que le asestó la fortuna, *Deidad caprichosa, parecida a las mugeres, que alhagan a los mozos y abandonan a los viejos.*

No hemos podido indicar con menos palabras a nuestros lectores la época en que dan principio los acontecimientos que vamos a narrarles.

Ahora es preciso que condesciendan en acompañarnos a las inmediaciones de un antiguo alcázar cuadrilongo, enclavado en el riñón de Castilla, no lejos del famoso monasterio de la Espina y extramuros de una población, cuyo nombre, hoy olvidado, o muy poco conocido, figura sin embargo en nuestra historia desde el siglo XIV.

Era una fresca mañana de abril del año de gracia de 1545. Dos hombres, guerrero el uno, a juzgar por los arreos que lo cubrían, y villano el otro, según daba a entender su humilde y asendereado traje, departían amigablemente, sentados en el césped, que servía de mullida alfombra a la falda de la eminencia sobre la cual se hallaba situado el alcázar de Villagarcía de Campos. Acababan de tocar a maitines en el monasterio de la Espina y el castillo feudal se destacaba sobre la colina, semejante a un fantasma que se despoja de las negras vestiduras de la noche. En el día es una fortaleza abandonada; ha seguido la mala suerte de la monarquía española y apenas puede reconocer el viajero entre sus ruinas algunos restos de su pasado poderío. Y con todo, cuenta entre sus señores ilustre prosapia y su fundación se remonta a los primeros tiempos de la restauración asturiana. Propiedad más adelante de la reina doña María, mujer de don Alfonso XI e hija de don Alfonso VI de Portugal, lo entregó aquella señora en tenencia a Gutiérrez González de Quijada y luego a la abadesa del convento de Santa María la Real de Valladolid. Andando el tiempo, hizo en su testamento don Juan primero merced de la villa y del alcázar al mencionado Gutiérrez González de Quijada, desde cuya época no volvió a salir del señorío de la familia de los Quijadas hasta que faltando la sucesión directa de la misma, se posesionó de ambos la casa de Docampo, oriunda de Galicia, aunque establecida en Zamora. Corrieron una en pos de otra las desgracias de la monarquía y, fiel la vetusta fortaleza a los recuerdos consagrados por sus severas tradiciones, pasó de decadencia en decadencia, de los Docampos a los Villamizares y desde los Villamizares a los Villazices, o condes de Peñafior, para sepultar por último su anterior importancia bajo el dominio de los nobles Valdecalzanas.

Pero ¿quién se atreve hoy a recordar sin rubor las descripciones que del castillo de Villagarcía ha leído en antiguos y empolvados cronicones? ¿Dónde están aquellos murallones imponentes que, desmoronados hoy por la injuria del tiempo, ostentan sin embargo algunos trozos de cuarenta pies de elevación, sin que en ellos se descubran las primeras trone-ras? Sobre esos trozos arruinados se extendía una doble línea de tan

importantes defensas; la de la parte más baja, establecida a cincuenta pies de la base del alcázar, estaba destinada a la mosquetería; la superior, cuya altura nos es imposible conjeturar, servía para los disparos de piezas gruesas en toda su extensión. Tampoco se conserva resto alguno de los almenares ni matacanes de sus plataformas, aunque todavía flanquean su frente principal dos torres cuadradas de imponente apariencia, destrozadas en muchas partes hasta el pie de los murallones. El ancho foso, que aislaba la fortaleza, se halla completamente cegado y al ferrado puente levadizo, que daba paso a su entrada por la cortina del suroeste, y que sólo ofrece señales de existencia en los enormes ganchos de las cadenas dispuestos sobre el arco del portón, ha sucedido un miserable puentecillo de piedra. Como si no fuera bastante ultraje para tan venerables ruinas el injusto olvido, no ha faltado quien añada el escarnio a su desventura.

Los dos hombres que platicaban en la pendiente ladera de Villagarciá examinaban, al parecer, la situación de los negocios públicos, salpicando de vez en cuando su diálogo con razonamientos y conjeturas acerca de otros asuntos privados que, no por serlo, deben parecer menos interesantes a nuestros lectores. Nuestra conciencia de historiadores nos obliga a enterarles de una conversación, que tal vez no será inútil, para que vengan en conocimiento de otros sucesos más importantes.

El menos orgulloso de los dos políticos del siglo XVI, aquel a quien hemos calificado de villano, era un joven como de diez y ocho a veinte años, fornido, de corta estatura, en una palabra, el tipo de lo que los navarros entienden por un hombre bajo, rechoncho y cuadrado. Tenía ojos negros de un brillo extraordinario y los jugaba con admirable viveza y donosura, como para revelar a los demás la refinada malicia de su alma. Por lo demás, y como él mismo aseguraba, nunca se mordía la lengua, de modo que hablaba a roso y belloso sin temer al rey ni a la santa Inquisición, era incapaz de guardar un secreto y andaba siempre a la caza de noticias, buenas o malas, a fin de recrearse con el placer de referirlas al primero que le deparaba a mano su fortuna. Vestía corto y estrecho saco de paño pardo, ceñido, a la cintura por tosca correa de cuero en bruto con hebilla de metal, calzón de lo mismo, polainas de pie de lobo hasta media pantorrilla y zapatos abiertos en forma de sandalias, completando todo su ajuar una especie de montera o caperuza de piel de nutria, que le cubría la cabeza hasta la parte inferior de las orejas, un escapulario de la Virgen de Monserrate, que llevaba pendiente del cuello y un grueso y nudoso garrote de encina, colocado a la sazón entre sus cruzadas piernas.

El otro personaje aparentaba tener más trastienda y conocimiento del mundo que su compañero. Cuando se le dirigía alguna pregunta acerca de su edad, contestaba con orgullo que había venido al mundo el mismo año en que el gran gobernador y santo cardenal Jiménez de Cisneros emprendió y llevó a cabo a sus propias expensas la conquista de Orán; y como ya desde entonces, a pesar de lo reciente del suceso, empezaba a agitarse entre el vulgo la duda de si aconteció tan memorable triunfo en el año de 1509, como hoy aseguran sesudos cronistas, o si en el de 1516, como sostienen asimismo algunos modernos compendiadores, resultaba de la respuesta del taimado guerrero castellano, que unos le daban buenamente treinta y seis años de vida, al paso que otros no sentían el menor escrúpulo al creer que sólo frisaba en los veintinueve. Le hacía no obstante traición con harta frecuencia su memoria, pues cuando relataba sus pasadas glorias militares, hablaba del asalto y saqueo de Roma por las tropas del duque de Borbón y de la muerte de este caudillo, como de hechos que había presenciado y en los que tuvo no pequeña parte; de aquí deducía el malicioso villano de los brillantes ojos negros, que su interlocutor, fuese por vanidad pueril o por otros motivos que él no alcanzaba, había dado en la flor de suprimir siete u ocho años en su partida de bautismo. Por lo demás, era excelente camarada, complaciente, servicial, aficionado al mosto y a las buenas mozas, de ancha conciencia y de razonables puños: un amigo podía contar con él en apurados lances, pero los malos hábitos que había contraído en el pillaje de la ciudad eterna le impedían sin duda a mirar con poco escrúpulo los bienes ajenos, supuesto que no perdonaba ocasión de apropiárselos contra la voluntad de sus dueños. Precisamente debía preocuparle algún proyecto de esta especie en aquella deliciosa mañana de abril de 1545, por cuanto las primeras palabras que pronunció, o al menos, las primeras que podemos transmitir a nuestros lectores, fueron éstas.

—Te aseguro, amigo Juan, y así Dios y Nuestra Señora de Monserate te amparen y defiendan, que en esa pícara madriguera no hace más que pudrirse un hombre honrado. De mí sé decir que no he nacido para estar mano sobre mano paseándome por la plataforma del castillo y que, si el cielo no lo remedia, voy a morir muy pronto de puro fastidio.

El bueno de Juan miró de reojo al soldado, castañeteó con los dedos y murmuró sonriéndose:

—Ésa no pega.

—¿Con que no crees que voy a dar mi alma a una legión de familiares —repuso el otro— si no me sacan de aquí?

—No mientras te vea atravesar, a guisa de ladrón, todas las noches el patio grande de la fortaleza en busca de la hermosa Beatriz.

—Que si quieres, y llámenle tonto —exclamó el guerrero soltando la carcajada—. ¿Quién te ha dado esas noticias?

—La ociosidad aguza el ingenio y, como por la misericordia divina, estamos de holganza hasta que vuelva mi señor el alcaide...

—Estoy en autos; has seguido mis pasos y después de sorprender mis amorosas locuras...

—Y algunos besos, aplicados con estrépito en las sabrosas mejillas de la susodicha Beatriz.

—¿Eso más? Ya voy experimentando, querido Juan de Mesa, que eres mozo de provecho, y ya que la charla ayuda a matar el tiempo, voy a descubrirte cómo y cuándo me enamoré de esa muchacha.

—Que me place: ya sabe el señor Diego Martínez que soy hombre capaz de guardar un secreto y que por todo el oro del mundo...

—Mucho hay que hablar en cuanto a eso: pero doy muy poca importancia a mis galantes aventuras y puedes divulgarlas a tu sabor con tal que nada quites ni añadas a la verdad.

—Eso no; antes me vea empalado por judío.

—Basta y escúchame bien. Hará poco más de tres meses... justamente, el día de los Santos Reyes; por cierto que nevaba a más y mejor... Pues, como iba diciendo, ese mismo día 6 de enero aconteció que salí del castillo a las ocho de la mañana para llevar un recado de mi señora doña Magdalena al monasterio de la Espina. ¿Y qué te figuras que encontré al llegar a él, después de haberme empapado en agua y nieve hasta los huesos? Nada menos que una brillante comitiva de ilustres damas y nobles caballeros, cuajados de oro y de terciopelo desde las orejas hasta los pies. Allí estaban, orando delante del altar mayor el conde de Melito don Diego Hurtado de Mendoza y su mujer doña Catalina de Silva, el apuesto caballero don Ruy Gómez de Silva, que tanto da en qué pensar a las hermosuras de la corte, si no mienten lenguas, el Viejo marqués de Los Vélez, el consejero don Pedro Fajardo, el marqués de la Fabara, el conde de Cifuentes, la condesa de Barajas, la marquesa de Aguilar y qué sé yo cuántos más personajes. Por supuesto, con la correspondiente añadidura de mayordomos, pajes, escuderos, damas de honor, doncellas y criadas de mano.

—Te quedarías con la boca abierta.

—Nada de eso; he visto cosas más estupendas en Aquisgrán y en Ratisbona. Aquello es boato, amigo Juan, y no han presenciado los nacidos

aparato de tanto bulto como el que ofreció la majestad de nuestro invencible emperador y rey el día de su coronación en Alemania; de esto hace ya unos veinticinco años y sucedió en la época de la guerra de las Comunidades de Castilla.

—Buena memoria tienes —observó el villano— para acordarte de todo eso, porque debías de ser muy joven entonces... pero prosigue tu relato del monasterio de la Espina.

Diego Martínez se mordió los labios porque la cuestión de fechas, presentada indirectamente por su interlocutor, le había cogido de medio a medio. No tardó sin embargo en adquirir su habitual aplomo y, haciendo como si nada hubiese oído, continuó de esta manera:

—Así que yo ví aquello, dije a mi cola: no hay duda, compadre Diego, de que aquí puedes alcanzar algún provecho. Las altas y poderosas señoras son fruta prohibida para un pobre diablo que sólo ha traído a su país honra y miseria; pero tal vez encuentres entre la gente de escalera abajo alguna pelinegra que se prende de tu porte marcial. Y diciendo y haciendo, adelanteme hasta las gradas del altar mayor, mezclándome con la servidumbre femenina y dando de codo con gallardía y desembarazo a los impertinentes escuderos. Mi osadía obtuvo todo el efecto que anhelaba; cierta criadita de la condesa de Barajas fijó sus ojos en los míos; aproveché la ocasión y los puse en blanco, envidando la partida; ella no se hizo de rogar y quiso el resto con una sonrisa. Hubo después lo de acercarme a ella, lo de saber que era huérfana de padre y madre, lo de ofrecerle mi protección y descansado servicio en Villagarcía, lo de confesarme que no podía tolerar por más tiempo las impertinencias y caprichos de la señora condesa, y por último lo de concertarnos, ella para desertar de la casa de Barajas y yo para presentarla y recomendarla en este castillo como parienta mía. Evacuada después la comisión que me había llevado al monasterio, tuve otra entrevista con mi hermosa Beatriz y en ella me descubrió que toda aquella magnificencia desplegada por los más encopetados magnates del reino, en uno de los más crudos y terribles días del invierno, tenía por objeto ofrecer a la Madre de Dios y a su santísimo hijo, en aquel santuario, que pasaba por milagroso, la persona de doña Ana de Mendoza de La Cerda, de edad de cinco años, hija única de los esclarecidos condes de Melito, por la merced que les había concedido el cielo de salvarla de una peligrosísima enfermedad. Me añadió que después del mediodía debía ponerse en marcha toda la comitiva para Valladolid y que si por mi parte estaba resuelto a libertarla de la penosa servidumbre

de la condesa de Barajas, no teníamos tiempo que perder. Mi respuesta fue animarle a que se preparase en el término de media hora. Transcurrida ésta, me situé con una acémila, que pedí de gracia en el monasterio, en la primera encrucijada del bosque, adonde a poco rato llegó Beatriz llevando un cofrecito de preciosas joyas y como unos doscientos ducados en oro. Ya ves, querido, que mi expedición no era enteramente desgraciada. Me apoderé del dinero y del cofrecillo, suponiendo desde luego que la condesa de Barajas podría tener algún derecho para reclamarlos, coloqué en la acémila a mi resuelta enamorada y, sin mirar hacia atrás, nos encaminamos a ese bendito castillo, al cual sin embargo no llegamos hasta la noche por la sencilla razón de que fueron muy repetidas nuestras distracciones y paradas durante la travesía.

—Curiosísima y entretenida es por demás la historia del principio de tus amores —dijo Juan de Mesa, luego que su amigo hubo concluido de hablar—, y sólo me falta saber...

—¿El fin de la aventura? Habas contadas: como el señor don Luis Quijada, mayordomo del rey y alcaide de Villagarcía, estaba a la sazón, lo mismo que ahora, en Alemania, forjé una historia de parentesco para su noble esposa doña Magdalena de Ulloa y esta señora admitió desde luego a su servicio a mi amada Beatriz.

—¿Y los doscientos ducados?

—Muy pocos quedan ya: los demás... pregúntaselo a las francachelas que he tenido en Valladolid y en Medina de tres meses a esta parte. En cuanto a las joyas del cofrecillo, no se han tocado aún, porque están reservadas para mejor ocasión.

—¿Y no recelas de que mi señora doña Magdalena, matrona tan severa como prudente, descubra que la has engañado y te obligue a tomar por mujer a la que hasta ahora todos tienen por prima hermana tuya?

—Si lo descubre, será por tu medio; si pretende que me case con Beatriz... ¡qué diablos! Ancha es Castilla y buscaremos otro escondite.

—Y en ese escondite, por ignorado que esté, sabrá encontrarte nuestro alcaide don Luis Quijada cuando vuelva con el rey.

—Allá lo veremos y sonará lo que fuere. Entretanto démonos la mejor vida que podamos, pues de lo contrario no contaremos muchos abrils en esta bicoca. ¡Ah! Y a propósito de buena vida, ¿qué nuevas trajo anoche el mensajero Miguel de la corte?

—Todavía no he podido traslucirlas, pero han de ser por precisión importantes, porque el mozo estuvo encerrado más de dos horas con la

señora del castillo y cuando salió de su cámara, ni una sola palabra respondió a las repetidas preguntas que le hicimos.

—De modo que no sabes si la importancia de las tales noticias, o algunas otras razones más poderosas, le impidieron que os hablase.

—Por mi quebrantahuesos, que no te comprendo —dijo Juan con extrañeza y acariciando el garrote que tenía entre las piernas.

—Ven acá y el diablo confunda tu estupidez —repuso Diego, algún tanto amostazado, porque quería que su compañero hubiese adivinado el sentido de sus palabras, sin verse precisado a explicarlas—. ¿No acabas de asegurar que Miguel del Bosque, ese bribonzuelo que nunca pierde de vista a doña Magdalena, permaneció anoche dos horas encerrado con ella en su misma cámara?

—Lo he asegurado: ¿y qué?

—Vamos, Juan de Mesa, eres la criatura más imbécil de estos reinos y señoríos. ¿Son por ventura las nobles damas de nuestro tiempo de distinto barro que las de la corte de don Enrique, a quien llamamos el *Impotente*?

—¡Cómo! ¿Supones que la honradísima esposa de mi señor, don Luis Quijada...?

—¿Quieres callar y no mentar aquí nombres que para nada necesitamos? Yo no supongo; yo sólo digo lo que dirá cualquiera, que no tenga el entendimiento en las suelas de sus zapatos. Y si no, veamos. ¿Qué piensas que diría yo a los criados de una mujer así, fuese la más encopetada de la Tierra, que me viesen salir de su estancia después de dos horas de plática? ¿No conoces, menguado, que mis palabras tendrían toda la apariencia de una disculpa y que los otros se reirían de ellas?

—Calla, calla por los cuatro Santos Evangelistas —exclamó el villano empuñando con fuerza su nudoso palo y poniéndose en pie de un salto, como impelido por un resorte—. Si supiera que se ha cometido tan feo desacato contra la honra de mi señor...

—¿Qué harías?

—Aplastaría la cabeza de Miguel del Bosque contra las losas del patio principal del alcázar.

—Siempre quiebra la soga por lo más delgado —murmuró Diego Martínez, añadiendo luego en voz alta—. Puede ser que yo esté muy equivocado y que Miguel sea el amante más inocente y menos temible del mundo, así como que ningún desaguisado amenace al limpio honor del ausente y confiado esposo: mas dime por tu vida, si se necesitan dos

horas de encierro con una dama para enterarla de las novedades que han ocurrido en la corte, ¿qué diablos ha podido suceder en Valladolid para tanto misterio?

Iba ya Juan de Mesa a encolerizarse por segunda vez, acosado por las observaciones de Diego, cuando dirigiendo la vista por casualidad hacia el castillo, vio ondear en la más alta de sus torres una bandera negra.

—¿Qué es eso? —dijo con asombro—. ¿Qué sucede en el alcázar?

—Entremos en él y saldremos de dudas —le contestó su amigo.

—¡Si será esa la respuesta que no quiso Miguel darnos anoche!

—De todos modos no olvides lo que voy a decirte antes que dejemos este sitio: es una advertencia saludable que acaso te será muy útil algún día. Los dos hemos cometido ciertos pecadillos, que no perdonará seguramente el alcaide de Villagarcía si llega a saberlos: yo, por ejemplo, tengo sobre mi conciencia la superchería del parentesco con Beatriz, sus amores y sobre todo los doscientos ducados y las riquísimas joyas de la condesa de Barajas; por tu parte, tampoco debes vivir muy tranquilo, porque te acusan, entre otras cosas que el tiempo puede sacar a luz, de los dos garrotazos que diste a aquel pobre ermitaño, que enterramos entre los dos allá abajo, junto a las últimas empalizadas del castillo.

—Ya te dije quién era y que...

—Nadie te disputa que no tuvieras razón para hacer con él lo que hiciste, pero lo cierto es que quedó hecho y que si llega a olfatearlo el señor don Luis Quijada, toda tu razón y tu buen derecho no le quitarán el vivísimo deseo de colgarte de una almena.

—¿Y tu advertencia saludable?

—Hela aquí. El mejor medio de desarmar a un enemigo temible es sorprender algún secreto que te importe guardar. Ahora bien: no sería del todo imposible que la ilustre matrona doña Magdalena de Ulloa llegase a entender alguna cosa de nuestras fechorías. Y si esto acontece, ya debes presumir que nos darán sin tardanza el merecido premio. A los dos, pues, nos interesa estar prevenidos y escudarnos con arma poderosa. Es así que entre la castísima esposa del señor don Luis Quijada y el escudero Miguel del Bosque hay un secreto...

—Discurres como un inquisidor.

—Y que podemos probar, cuando fuere necesario, que han estado dos horas juntos y encerrados, por la noche en la cámara de...

—No prosigas, Diego; ya veo que he obrado mal al encolerizarme contra el pobre Miguel.

—No hay duda, Juan, no hay duda, porque de todo se saca provecho en este mundo. Sepamos ahora qué es lo que significa ese guiñapo negro que han puesto en aquella torre.

—Estiró Diego las piernas al decir esto y se levantó con gran calma, como sintiendo que una novedad cualquiera lo obligase a abandonar el blando asiento de césped, y ambos echaron a andar dirigiéndose al alcázar; el soldado haciendo comentarios sobre el partido ventajoso que le sería dado sacar de la situación en que se hallaba y Juan de Mesa pidiendo al cielo de todo corazón que no llegase el caso de tener que acusar a su señora, ni de romper el espinazo a su buen amigo Miguel del Bosque.